

La honradez y la juventud unidas implican la buena fe. Por eso Lucía, no obstante su excelente juicio y su extraordinaria perspicacia, cayó en el lazo, y se dejó engañar de la manera más absoluta por las afirmaciones de la antigua doncella de Laura Vivian. La virtud en toda su pureza rechaza el crimen hasta no poder admitirlo y negarlo.

Al llegar á su casa, la hermana de Jorge llevaba el firme propósito de emprender en seguida su viaje á Nantes para buscar al

ilusorio Moreaux que le habían indicado como hombre capaz de ser el asesino de la querida de Morlain. Pero Fontaine recordó que conocía en Nantes á un comisionista de quien se había servido con gran éxito para algunos asuntos comerciales, y propuso escribirle para adquirir los primeros datos. Lucía se resignó á aceptar esta demora, que tal le parecía no ocuparse por sí misma en el asunto, y todo se hizo como Jorge deseaba.

La impaciencia de la joven no se prolongó mucho. El agente de Fontaine tenía verdadero interés por complacer á su amigo; rebuscó, pues, con actividad extraordinaria entre los muchos Moreaux que pueden habitar una ciudad de cien mil almas, y después de prescindir de este por bajo, de aquel por alto, de estotro por joven, y de esotro por viejo; de unos por demasiado morenos, de otros por excesivamente rubios, de algunos por ordinarios, y de muchos porque nunca habían salido de Nantes, escribió asegurando que había hallado al individuo en cuestión. En efecto: coincidían sus señas con las del imaginario pariente de Laura Vivian. Era alto,

rubio, elegante y bien portado: se dedicaba á la gestión de negocios poco limpios, y andaba siempre á la greña con las compañías de ferrocarriles. Por aquella época estaba en la ciudad, vivía en el muelle de la Fosse, y, según aseguraban, poco antes estuvo en París unos días.

Lucía no esperó más. Apenas supo todo esto, sin perder un momento dispuso el viaje en compañía de su ex-maestra y del fiel Francisco, el ayuda de cámara de Morlain. Jorge se prestó á acompañarla; pero sus ofrecimientos eran poco espontáneos: su hermana lo comprendió, y por eso hubo de rechazarlos. Objetaba Fontaine que abandonar París en aquellas circunstancias era contraproducente, y no necesitó grandes esfuerzos Lucía para que contento y satisfecho la dejara partir sola.

.....

.....

En honor de la verdad, debe asegurarse que Jorge Fontaine se engañaba á sí propio. Creía de buena fe en sus gestiones para favorecer á Pedro, y no alcanzaba á reconocer que éstas eran, por lo menos, un tanto lentas é infructuosas. Todos los días, á las

dos de la tarde, se trasladaba á casa de su discípula la duquesa de Limours, penetraba en su estudio, sentábase junto á ella en un ancho diván, y mirándose muy de cerca, tocando casi uno con otro sus dos cuerpos, pasaban largas horas investigando *quién* podría haber dado muerte á Laura Vivian. Pero como el campo de las hipótesis no tiene límite, y fácilmente se pierde éste en los vastos horizontes de lo inverosímil, después de mucho discutir, convenían en lo difícil de su empresa, dominábalas el desaliento, y concluían por reconocer que precisaba refrescar las inteligencias para comenzar de nuevo sus pesquisas. Entonces, por vía de *refresco*, trocaban el curso de su coloquio, y el arte y el amor eran los asuntos elegidos para dar reposo á sus cerebros cansados de buscar una quimera.

Diana interrogaba siempre. Con acento que revelaba su interés fraternal por Jorge, le dirigía incasantes preguntas sobre sus proyectos y sus ideales. Sabía perfectamente que el trabajo y los deberes de hermano, casi paternos, le habían impedido ocuparse en serio del matrimonio y del amor;

esto se lo había repetido Fontaine cien veces, y otras tantas había ella insistido con un «¿De verás?», pronunciado con acento extraño y acompañado de una mirada penetrante hasta lo más íntimo del alma.

En cambio de estas francas confesiones, Diana le hacía á su vez confidente de sus más íntimos pensamientos. Con medias palabras, con adorables reticencias, le contó un mundo de cosas; sus desilusiones, la decepción al ver el matrimonio tal cual es, y no tal cual ella le imaginaba cuando soltera. Porque, á pesar de su aspecto frío, no obstante su aparente indiferencia, ella tenía el corazón muy sensible, estaba organizada para amar, y encerraba en el alma un tesoro inagotable de ternura. El Duque la había querido, era verdad, pero su amor cruzó como un meteoro; era un filón muy pobre ya, que se agotó en seguida, y apenas si comenzaba á ver realizados sus ideales, cuando la ilusión se desvaneció, y, en vez de la hermosa imagen de su ensueño, quedó la escueta figura de un hombre gastado por los excesos y por los años. ¡Había sufrido tanto al tener que encerrarse en una reserva estudiada, después de

haber dado rienda suelta á todos los afanes de su espíritu! Cuando Pedro Morlain se cruzó en su camino, aún estaba ella bajo el influjo de aquel enorme desencanto; todavía le quedaban los restos de una pena aguda é inconsolable al principio. ¡Ansiosa de consuelo, ávida de cariño, aún más ávida que cuando soltera, cerró los ojos, y se dejó arrebatarse por su exaltada fantasía! Pero, ¡cuál fué su pesadumbre al abrirlos á la realidad! Su alma y la de Morlain no congeniaban; mejor dicho, su corazón y el del joven no latían isócronos, porque el de éste no envolvía al otro en sus movimientos, por más esfuerzos que hacía. Y este era un hecho sin explicación; uno de esos hechos psicológicos, extravagantes si se quiere, mas no por esto menos reales: uno de esos hechos, en fin, que, por desgracia, no se definen hasta que la reacción sobreviene.

¡Todo esto lo decía Diana de una manera tan encantadora! Hablaba con Jorge como con un antiguo amigo á quien todo puede confiársele; como si fuera un confesor á quien se le abre el corazón de par en par, pidiéndole en cambio consuelo. Hasta refiriendo los detalles más íntimos de

su vida, resaltaba la castidad en sus palabras, pronunciadas á media voz, y en la expresión de aquellos ojos azules, húmedos y transparentes, que se inclinaban al suelo dominados por el pudor.

Jorge la escuchaba con avidez, con el alma pendiente de sus labios, dichoso é infeliz al propio tiempo, porque pensaba que la suerte dispone á menudo las cosas con la ligereza de un insensato. Si en vez de Pedro hubiera sido él quien se encargara de explotar el rico venero de ternura que encerraba aquel corazón, Diana no lamentaría desilusiones. Sus espíritus gemelos se hubieran fundido, se hubiesen compenetrado para formar uno solo que animara dos cuerpos!....

Un día, pocos después de la partida de Lucía, Fontaine acudió como de ordinario al estudio de la Duquesa. Ésta le esperaba; pero apenas le vió le dijo:

— Hoy, amigo mío, no estaremos juntos más que un momento.

— ¿Por qué? — interrogó Jorge palideciendo.

Diana sonrió al ver su palidez, y repuso estrechándole una mano:

— Cuando sepa V. la causa, verá cómo no me reprocha que le despida tan pronto.

— No comprendo....

— Ayer me arreglé de manera que me presentaron á X***, el ministro de Justicia...., y, como V. comprenderá, no perdí la ocasión para hablarle de Morlain y de su causa.

— ¡ Ah! ¿ Y no temió V. ?....

— Nada. Me valí de V. para explicar mi interés. Como maestro mío y por su notable talento y su amabilidad conmigo, tengo interés en serle útil.... Su mejor amigo de V. está en la cárcel, y bajo el peso de una causa criminal.... Según V., de seguro es inocente, y con tanto calor le defiende, que he llegado á compartir su opinión.... En vista de esto, he rogado al ministro de Justicia que pidiera las piezas del proceso, que las estudiase con detención, y recomendase eficazmente al presunto autor del crimen.

— ¿ Y qué dijo el Ministro ?

— Que me complacería en cuanto pudiera. Pero al propio tiempo me advirtió que los jueces de instrucción son muy celosos de su autoridad, y que el nuestro

tiene fama de ser insensible á todo género de recomendaciones, por elevadas que fueren, además de pecar un tanto por tenaz, autoritario y poco dispuesto á cambiar de opinión.

— No es muy tranquilizador el retrato.

— Pero esto sí lo es. Deseoso el Ministro de probarme sus buenos propósitos, me prometió hacer levantar la incomunicación del preso, para que V. pueda visitarle.... Por eso hemos de separarnos en seguida. Es menester que vaya V. sin tardanza al Palacio de Justicia, y se presente al Juez encargado de la causa. Él le dará orden para que le dejen ver á su amigo.

— ¡ Ah! ¿ Quiere V. ?....

— Sí, señor. Quiero que hable V. con Morlain; que le incite á declarar la verdad....

— Pero entonces....

— ¡ Yo! Estoy tranquila. Pedro no cederá á sus consejos de V....

— Entonces....

— Entonces se convencerá V. de que no le he engañado, y de que, dejándose llevar por su primer impulso, hubiese cometido una ligereza.

—Estoy convencido. Bien lo sabe V. A no ser así....

—¿Qué?

—No obstante mi respeto por V., hubiese hablado.... No siendo, pues, necesaria esta visita....

—Lo es por otro concepto. Hace una porción de días nos agitamos en el vacío, buscando al verdadero culpable. Morlain le busca también sin duda. ¿Quién nos dice que en su soledad, en medio de aquel silencio, no ha logrado más que nosotros? Un indicio que se nos puede haber escapado, quizás le tenga á él sobre la pista.... Así, pues, mi querido maestro, vaya V. á cumplir ese deber, y vuelva pronto para darme noticias.

— ¡Ah! ¿ Puedo volver? — exclamó Jorge, radiante de alegría.

— ¡Sin duda!.... — repuso Diana sonriendo.

XXXVI.

Sin detenerse para nada, Jorge Fontaine se hizo trasladar en un carruaje al Palacio de Justicia. Llegó al departamento correspondiente á los jueces de instrucción, hizo pasar una tarjeta á X^{***}, y fué recibido por éste inmediatamente.

Era un hombre como de cincuenta años, de fisonomía dura y fría, cuya natural severidad se aumentaba por el hábito de ser reservado. Pero esto no era óbice para que sus modales fueran de exquisita finura y supiera tratar como corresponde á las personas de buena sociedad.

—Caballero (le dijo, después de invitarle á sentarse), su nombre de V. me es conocidísimo, y tengo un verdadero placer en poder servirle personalmente. Me han dicho que desea ver y hablar con su amigo el Sr. Morlain.

—En efecto: ese es mi deseo,—repuso Jorge.

—Ofrecí complacerle, dándole la autorización competente, y aquí la tiene V. en regla. Con ella puede presentarse en la cárcel, y el director le facilitará ver al detenido y hablar con él.

—Muchas gracias, caballero. Le quedo reconocido; aprovecho la ocasión para ofrecerle mis respetos, y de paso le diré una cosa que me interesa mucho. Atienda V. mucho al proceso de Morlain. Tengo la certeza de que es inocente....

—Mucho celebraría poder compartir esa opinión (dijo con frialdad el magistrado). Pero difiero de ella, y lo mismo sucede al tribunal de acusación, que halla bastantes pruebas en contra del presunto reo para juzgar necesario someter la causa á la Cour d'Assises....

—Esto había de suceder por fuerza. Des-

de el primer momento se declaró V. en ese sentido.... Pedro de Morlain, le repito, es tan inocente como yo, y no dude V. que el jurado le absolverá. De todos modos, sean las que fueren las consecuencias del proceso, tengo un peso sobre el alma, y no quiero quedarme con él. Desde el día de la detención de mi amigo no he cesado de pedir que se me dejara verle. V. no ha querido complacerme hasta hoy...., y forzoso es convenir en que tanto rigor es inaudito. Sin duda, V. estaba en su derecho; pero cuando todos los jueces de instrucción renuncian á ejercerle con tal exceso, y hasta el Código de instrucción criminal le pone límites, no comprendo....

—Podría responder á esos cargos diciéndole que no tengo que darle á V. cuenta de mis actos (repuso X***, sin alterarse, con acento seco aunque cortés). Pero su amistad con el acusado explica hasta cierto punto sus palabras, y no quiero que me tache de injusto. He usado de mi derecho por interés hacia el señor de Morlain. Creí que el aislamiento le haría reflexionar y comprender que su mutismo y su actitud sólo podían servirle para empeorar su causa.

—Entonces la incomunicación de ahora equivale á la tortura de otros tiempos. Antes, cuando un acusado se negaba á declarar, se le atormentaba hasta que con sus declaraciones satisfacía al tribunal. Ahora se le incomunica, se le aísla de sus semejantes, se le priva de la palabra y se le inflige un suplicio moral tan cruel como los tormentos de la Edad Media.

—Como V. comprende, yo no inventé el procedimiento de la incomunicación (dijo el Juez, siempre con el mismo tono). Lo hallé escrito ya en el Código de instrucción criminal, y lo pongo en práctica cuando me parece oportuno. Y teniendo en cuenta que otras graves ocupaciones reclaman mi presencia, V. me perdonará que dé por acabada esta estéril controversia. He tenido mucho gusto en conocerle, y quedo á sus órdenes.

Jorge Fontaine salió furioso contra el Juez y contra sí mismo. Tenía el propósito de conservar la sangre fría, y no decir una palabra que pudiese descubrir sus pensamientos, y acababa de faltar á él.

Las cuatro serían cuando llegó á Mazas; presentó el pase, y fué en seguida con-

ducido al locutorio. Desde que entró en el medroso edificio, tenía un nudo en la garganta. Un malestar inexplicable, tristeza, angustia. La extraña arquitectura de aquel recinto, el sistema celular aplicado en él con extraordinario rigor, sus reglamentos, todo, le da un aspecto siniestro. Comenzaba á caer la tarde ya; en las anchas galerías, no alumbradas aún por el gas, reinaba una semioscuridad lúgubre y pavorosa; el silencio de aquella tumba de seres vivos se interrumpía sólo por algún que otro chirrido de una cerradura ó un cerrojo, el pesado golpe de una puerta forrada de hierro, ó el andar acompasado de los carceleros acompañando á un detenido, desde el locutorio ó la sala donde el escribano toma las declaraciones, á la celda, ó viceversa.

Jorge, con el corazón oprimido y los ojos preñados de lágrimas, en aquellos momentos sólo pensaba en su amigo. Había olvidado á la Duquesa. Pero de pronto, su recuerdo le vino á las mientes, y pensó: «¿Le diré á Pedro que la conozco?» Sin duda. Debía hacerlo..., pero sin confesar el medio de que se había valido, porque de seguro